



Fiunchedo, 25-9-2001

## **LA NUEVA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS**

### **I**

Todo el terrible problema internacional al que estamos asistiendo, desencadenado por los últimos atentados en New York y Washington el día 11 de septiembre de este año de 2001, no cabe duda que se viene

arrastrando, aunque de manera solapada, por esa especie de invasión pacífica procedente del ámbito islámico, desde hace ya muchos años.

Los años que siguieron a la segunda gran guerra, potenciadora por muchos motivos, de un desarrollo económico y de un bienestar social, no solo en EE.UU., sino también en los países de la Europa central y nórdica, en donde la cultura del confort, de la satisfacción, de la abundancia, y en algunos casos de una riqueza sin precedentes, en amplios sectores de la sociedad, no podía permanecer oculto, y mucho menos pasar desapercibido al mundo oriental, instalado desde muchos siglos atrás en un sistema político religioso que ha impedido desde siempre el desarrollo económico y social de los colectivos humanos, ni siquiera para acceder a una digna posición en la sociedad. Estos niveles más bajos, que además son las mayorías, puesto que la clase media es prácticamente inexistente. Por lo tanto estos países cuentan solo dos niveles sociales, una clase dirigente, (unas cuantas familias), rica hasta el dispara-

te, y poderosa, y una miserable y superabundante clase humilde, rayana siempre en la indigencia.

Bien, todo ello, sin duda acaba desencadenando unas corrientes migratorias, procedentes del mundo islámico, que se acentúan a partir de los años cincuenta, y alcanzan su punto más álgido a mediados de los setenta.

Ciertamente estas oleadas, despertadas al olor de lo que suponía una mejora en las vidas de aquellos quienes en sus países de origen nunca podrían vislumbrar un futuro diferente a la miseria, ya heredada de sus ascendentes, vieron en esta emigración, más que una posibilidad, una certeza para conseguir el despegue hacia una vida mejor, tanto para ellos, como para sus hijos, y aun generaciones posteriores. Es cierto que no solo emigraron al calor de aquella promesa de abundancia, que les esperaba en aquellas tierras de promisión, las gentes del mundo islámico, no, esta emigración estuvo también compuesta por millones de individuos proce-

dentes de la Europa más pobre, casi siempre culpa de los regímenes totalitarios que gobernaban estos países, España, Portugal, Grecia, Italia etc. Pero estas gentes, no debemos olvidar que participaban, si bien con matices, del mismo substrato cultural, que de alguna manera permitía, salvo la barrera del idioma, y quizás algún otro, una mediana integración, o al menos un cierto entendimiento. Lo que no nos cabe duda, es que no suponía un enfrentamiento violento con la religión, costumbres, e incluso etnias de aquellos países de recepción. No sucedía lo mismo con los enormes colectivos sociales procedentes del mudo musulmán, quienes, por otro lado, salvando excepciones, y muy contadas, no se integran en las costumbres, religión y tolerancia de las democracias en las que se instalan, creando por ello, como no podía ser de otra manera, guetos que prácticamente se convierten en diminutos estados, dentro de las ciudades, con sus propios sistemas, no solo de abastecimiento de productos apetecidos por estas masas, sino, a veces incluso, de una independencia, adquirida con el paso del tiempo y la despreocupación o permisividad

de las autoridades nativas, muchas veces con la finalidad clara del desentenderse de problemas que se consideran ajenos. No se dan cuenta que ello acabará por configurar pequeñas autonomías insertadas, más bien enquistadas, en las grandes y aun pequeñas ciudades de aquellos países, y que a la larga acarrearán problemas muy graves.

La historia pone de manifiesto que esto es así. No podemos olvidar que a partir de la segunda generación estos inmigrantes dan ya por sentado que son tan nacionales como los otros, han nacido allí, será difícil la solución del problema. Los nativos, tanto gobiernos, como los ciudadanos, intentarán demostrar su hegemonía, haciendo ostentación de su genuinidad de mil formas distintas. Los gobiernos municipales primero, y luego los estatales, promulgarán leyes que dejen esto bien patente. Comienza la marginalidad para aquellos que habían venido a ocupar puestos de trabajo que los nativos consideraban poco dignos. Por lo tanto, de alguna manera, los emigrantes habrían acudido a la llamada de aquellos países ricos, con la finalidad de

ejercer trabajos que los nativos consideraban impropios de su estatus.

El enfrentamiento que lentamente va generando una situación cada vez más insostenible, comienza a producir pequeñas revueltas que con el tiempo se irán disparando hasta desembocar, irremediablemente, en actos de terrorismo de baja intensidad, y de carácter local primero, pero con la consiguiente e irrefrenable ansia, en el corazón de los que se sienten agredidos y relegados a ciudadanos de tercera, de golpear de frente a los que consideran opresores y ya enemigos frontales de sus principios éticos, religiosos, e incluso de una política propia, que se habría instalado en el gueto en los momentos de bonanza social.

## II

Presentada la situación con este cariz ya preocupante, entra en escena la bestia ne-

gra de la recesión económica. Aquellos trabajos que antes habían sido rechazados por los nativos, hoy son deseados por éstos. Ya no importa mantener aquella dignidad tontorrón y decimonónica, hoy cualquier trabajo es buscado, lo importante es la obtención de un dinero necesario. Los emigrantes están de más, ¡Nos roban nuestros puestos de trabajo y los de nuestros hijos!

Pero los hijos y nietos de los emigrantes ya han nacido en aquellos países. El problema, sin duda se torna complicado y difícil de resolver. Es en este caldo de cultivo donde se desarrollan odios y ansias de venganza. Las guerrillas y atentados de nivel preocupante comienzan a vislumbrarse en el horizonte más próximo. Los más activos extienden sus contactos, no solo en la ciudad, sino también en otras ciudades y países, por muy lejanos que éstos estén. Todos sabemos que hoy contamos con unas redes de medios, rápidos y eficaces, entre ellos el último, “INTERNET”. Esto puede poner en comunicación con una inmediatez de vértigo, a todos los descontentos y rebeldes del planeta, allá

donde quiera que estén. Es un arma de vanguardia que las nuevas generaciones, hijas de aquellos emigrantes, no dudarán en utilizar en bien de sus fines, y para desarrollo de venganzas y odios sin medida. Todo ello imbricado en una religión cuyo premio es el mayor bien al que todo ser, musulmán, por supuesto, puede acceder, un paraíso ultraterreno para toda la eternidad, pleno de los mayores placeres y alegrías que nadie podría soñar.

### III

Las madrasas o escuelas coránicas, lo mismo que las mezquitas levantadas en los países occidentales, en las que se adoctrina a las nuevas generaciones islámicas, son evidentemente, el caldo de cultivo inicial para la gestación de fanatismos recalcitrantes, inoculados en las mentes y corazones infantiles, que más tarde recibirán el toque definitivo en las universidades religiosas. (En el cristia-

nismo, no debemos olvidar que sucede tres cuartos de lo mismo, pero no vamos ahora a entrar en ello puesto que este trabajo va encaminado al mundo del terrorismo de origen islámico). Es allí, en las universidades religiosas en donde aquellos individuos que ya despuntaban en la madrasa, como profundamente creyentes, el lugar en el que se les da el toque definitivo. La selección de personal destinado a diferentes disciplinas o causas, encuentra allí también a los individuos adecuados a otros fines que no sean, digamos, los comunes. Los hombres dispuestos a morir matando, “**kamikazes**”, a quienes en ese paraíso que vende su religión, les estará reservado un lugar de privilegio, pleno de todo aquello que en la tierra desearían, (En el cristianismo, reitero, sucede algo muy similar, los premios por morir en las cruzadas, ofrecidos por el Vaticano, venían, y vienen a ser, de idénticas características). Es este perfil de universitarios coránicos los destinados a realizar un terrorismo de altísima intensidad, en la línea que hemos podido ver con horror y espanto en EE.UU. el pasado día 11 de septiembre.

## IV

Después de todas estas reflexiones dispuestas, únicamente con el fin de sentar las premisas de la conclusión, llegaremos a ésta: En mi opinión, y después de hacer un análisis histórico, desde el advenimiento del Islam y sus enfrentamientos sangrientos con el cristianismo, sobre todo cuando aquel era fuerte y belicoso, y el cristianismo por toda una serie de circunstancias parecía presa fácil. En fin, jamás llegarán a un acuerdo, ello históricamente está más que comprobado, (la otra religión en litigio, como sabemos es la judía, pero aunque aquí no va con nosotros, no olvidemos que, posiblemente, el medio siglo de enfrentamientos sangrientos, entre judíos y palestinos tiene mucho que ver con todo este asunto. No olvidemos que EE.UU. apoya abiertamente, por intereses estratégicos, y otros, la causa judía, en detrimento del pueblo palestino que está siendo masacrado impunemente). Por ello me atrevería a decir, que a tenor de lo que la historia nos dice, no cabe duda de que en un futuro no muy leja-

no, habrá en Europa, como ya ha sucedido en otras ocasiones, y ahora, también en América por primera vez, algo que será lo único que detenga, sino totalmente, sí en un tanto por ciento muy elevado, la disminución de problemas, que por unas cosas o por otras, esta cultura musulmana y su religión viene causando en diferentes países de occidente. En mi opinión, la solución, al menos por un tiempo, sería, y creo que así ha de ser, **una nueva expulsión de los “moriscos”** de los territorios cristianos de occidente. Ahora bien, un cambio en la actitud de EE.UU. en el asunto palestino-israelí, creando un estado palestino independiente abriría, sin lugar a dudas, una nueva vía en el comportamiento del terrorismo islámico, en una línea de remisión en el nivel de estos atentados o guerra de guerrillas.

Sé que la medida de expulsión es cruel y dura, pero la verdad es que no veo otra alternativa, a no ser otro Lepanto con victoria confusa y, lo que sería peor, con una gran pérdida de seres humanos. Realmente es lo que este presidente de EE.UU. pretende, otra

batalla de Lepanto que como consecuencia dejaría al mundo exhausto, sumido en la pobreza, y en el deterioro de todo aquello que tantos años ha llevado conseguir. Quizás ellos, los norteamericanos serían los únicos que sacarían grandes beneficios de todo aquel horror, y por muchos años.

Desde mi época de estudiante, hace ya mucho, no había estado de acuerdo con la expulsión de los moriscos por parte de los reyes Isabel y Fernando, los llamados católicos, hoy, después de estos atroces sucesos, ya no sé qué pensar. Debería de estudiar e investigar con profundidad aquellas medidas, por qué las tomaron realmente, y en qué circunstancias se dieron para que se llevasen a cabo de una manera tan efectiva. Ya digo, yo no soy un investigador del tema, por lo tanto mis conocimientos del asunto, aun no siendo superficiales, no lo son tampoco en una medida ad hoc como para exponer argumentos de fuerza que pudiesen dar a mis conjeturas la consistencia necesaria para manifestar con más contundencia y rotundidad mi opinión acerca de la expulsión promulgada por los

reyes católicos, y asimismo determinar la posibilidad de, como antes dijimos, una nueva expulsión de los moriscos.

De todas maneras, ahí queda mi opinión sobre esta horrible y apocalíptica tragedia que ha asolado, no solo a New York y Washington, sino también a gran parte del planeta, sobre todo en occidente, y en concreto al vasto ámbito cristiano porque, en mi opinión, es ahí, en la cosa religiosa, en donde está la base de todo el problema, complicado y entramado con otros muchos intereses, pero es el asunto religioso, aquella base certera, inequívoca, para que un hombre, un equipo de hombres, estén dispuestos a un suicidio de características tan dantescas. No olvidemos que los “kamikazes” japoneses, durante la segunda guerra mundial, lo eran por adoración y entrega absoluta a su dios, el emperador, el hijo del celeste imperio, el hijo del sol naciente. Solo por ello, por la religión, tienen lugar estos hechos tan horribles y descabellados, por la promesa aceptada fanáticamente, de un esplendoroso y eterno paraíso ultraterreno. Los cristianos se entregaban a la

muerte en el circo romano por lo mismo. Misioneros cristianos de ambos sexos, saben que en sus ansias de enseñar su credo en lejanas tierras corren el peligro de perder la vida, a veces de manera horrible, pereciendo, ya en solitario o como víctimas de masacres espantosas. Ello no les amedrenta, más bien les estimula a seguir fanáticamente sus delirios místicos, a la búsqueda de una muerte digna, a la altura de la avidez de sangre de su dios.

**Eduardo Fernández Rivas**

Fiunchedo 13, 15160 Sada, A Coruña

Tfno y fax 981 620 384

E-mail : [EDUFERRIVA@grupobbva.net](mailto:EDUFERRIVA@grupobbva.net)

27-9-2001